

COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS

ZANKER, Paul, *Augusto y el poder de las imágenes*, (München 1987), Madrid, Alianza, 1992.

«Augusto y el poder de las imágenes», ya de inicio un sugerente y significativo título para una obra que metodológicamente nos introduce en planteamientos diferentes al habitual y más tradicional estudio de las imágenes del poder en la cultura de la antigüedad. El propósito de Zanker, coherentemente desarrollado a lo largo de su valioso trabajo, no ha sido hacer un estudio parcelado arte como estudio acumulativo de obras de un momento concreto, o de iconografía, sino un análisis que parte de la consideración de la obra de arte como imagen, como elemento transmisor de mensajes determinados en un contexto por demás rico históricamente como fue el de la etapa de Augusto, y por tanto en su condición de documento de la historia.

En el imperio de Augusto, probablemente con más fuerza que en otros momentos de la antigüedad, el arte, imagen plástico-arquitectónica e imagen literaria, fue un sólido y útil instrumento de una política, y quizá mejor que nunca también, con una clara consciencia del impacto que podía causar, se supo configurar de modo apropiado, difundir e imponer en una colectividad. La exposición del panorama desde la doble perspectiva de las intenciones de un Estado y las aspiraciones de una sociedad en proceso de cambio, inmersa en un sistema de conceptos que se establecieron y mediatizaron en gran parte a través de la comunicación visual, introduce en esta obra una visión desde fenómenos de la actualidad, lo que motiva una comprensión directa e inmediata. Política, cultura, psicología, imagen y comunicación, son los elementos que tejen esta historia de la época augustea, abarcada desde estos conceptos en su estructura total.

El estudio de Zanker se estructura siguiendo los distintos momentos del gobierno de Augusto, con un primer capítulo sobre el ambiente de la etapa final de la República donde pone de relieve la confusión del uso inapropiado del arte griego por parte de unos romanos en proceso de aculturación, más deseosos de manifestar su gloria que verdaderos conocedores de las formas que utilizaban para estos fines. Se establece así una base de contraste a lo que subsiguientemente sería el dirigido proyecto político cultural augusteo.

Este evidentemente no estuvo constituido a priori como se comprueba en el estudio de todo el proceso, sino que fue configurándose en toda una trayectoria que fue cubriendo las etapas sucesivas de un gobierno, desde la lucha de Augusto y Antonio por el poder y la entronización de Augusto como única cabeza rectora, hasta la estructuración de un sistema renovado y el afianzamiento sólido y eficaz del «*Saeculum Aureum*».

Cada uno de estos momentos estuvo respaldado por una conceptualización conveniente, orquestada desde la esfera del poder hasta el grado de la mitificación del Estado, que tomó forma material y de difusión a través de un arte intencionado, perfectamente adecuado en su forma y significado a su fin. Ni siquiera la elección de un estilo, arcaico o clásico, con definiciones estéticas diferentes, estuvo exenta de connotaciones, como se analiza en un capítulo dedicado exclusivamente al estudio del lenguaje formal del nuevo mito del emperador y del Estado y sus pretensiones.

Interesantemente, el concepto de imagen ha sido tomado aquí con una amplitud que rebasa el estricto ámbito la creación del arte. Si ésta juega un papel de referente básico en el análisis, dada la abundancia de sus documentos, las fiestas oficiales, los ritos, las ceremonias, o aspectos cotidianos como el de la imposición de un cierto tipo de indumentaria, desde el momento en que tuvieron también su repercusión visual y una función determinada en el contexto, se consideran también como imágenes.

La ciudad, la arquitectura, la creación plástica e industrial tomaron bajo Augusto una nueva dimensión en amplitud y concepto. Se operó toda una renovación de la imagen y de la estética en provecho de las directrices programáticas del Estado, y su repercusión fue tal que afectó hasta el ámbito de la esfera privada.

El pleno conocimiento sobre la cultura del momento, ha permitido aquí un análisis profundo de estos documentos en toda su complejidad, a lo que hay que añadir la riqueza y fluidez de ideas en el comentario, todo lo cual nos devuelve un cuadro vivo del mundo augusteo. Digamos que el autor, como inmerso en el propio contenido de la obra, ha tenido una preocupación expresiva fundamental: comunicar. Zanker ha tenido la capacidad poco común de plasmar con sencillez divulgativa hasta la amenidad todo un cuerpo de conocimientos especializados. La trama de la obra está hábilmente entrelazada sobre la base de una amplia selección de imágenes plásticas y textuales (literarias e históricas), animadas desde un sugerente comentario analítico y crítico, a veces hasta teñido de agudeza irónica, que prenden al estudioso en una lectura continua.

Esta continuidad está además favorecida por el amplio repertorio de fotografías y dibujos que ilustran visualmente y de manera acompañada al texto, sin interrupciones de búsqueda. La elección de este material, aún siendo mucho, no es acumulativa sino claramente selectiva de aquello que tiene valor de documento apropiado al comentario. En esta línea de facilitar la lectura que comentamos, rehuyéndose a todo tecnicismo erudito, términos específicos o voces latinas cuentan en el texto con una somera explicación o la traducción correspondiente.

En el mismo sentido se dispone también la bibliografía. Comprende ésta una significativo conjunto de obras por capítulos, y dentro de éstos, una clasificación

por temas y conceptos, con una breve referencia de contenidos, todo lo cual cumple una importante misión orientadora.

En definitiva, una obra de obligada lectura para todo aquel que trate de adentrarse en el conocimiento del mundo romano en las más diversas perspectivas de su cultura, y adquirir una visión innovadora sobre el tratamiento de los documentos en el análisis de la antigüedad.

María CRUZ VILLALÓN

ROJAS MIX, Miguel, *América imaginaria*. Editorial Lumen, Barcelona, 1992. Sociedad Estatal Quinto Centenario. 252 páginas; ilustraciones en color y blanco y negro.

Ningún continente como el americano ha dado pie a tantas especulaciones, relatos fantásticos y leyendas, incluso antes de saber de su existencia o de su descubrimiento, el cual produjo un efecto multiplicador en este sentido. Estos textos y las noticias que, más o menos fantaseadas, llegaban de América excitaban la imaginación de dibujantes, grabadores y pintores. Desde entonces hasta nuestros días, tanto la imagen fija como el cine se ha ocupado del continente americano con una frecuencia inusual en la historia de la Humanidad. Es por ello que ningún pueblo como el americano ha generado tantas imágenes. Es por ello también que la investigación en la representación de América constituye un campo de estudio tan atractivo como extenso. Gracias a la reciente publicación de Miguel Rojas Mix, *América Imaginaria*, se nos presenta ahora la ocasión de poder asomarnos al singular mundo de la imagen aplicada al continente americano. Gracias también a la misma obra podemos realizar un ejercicio reflexivo, demostrándonos hasta qué punto no somos aún etnocéntricos con relación a lo latinoamericano; o dicho de otra forma, hasta qué punto la imagen que de América se nos ha transmitido nos ha convertido en etnocéntricos.

Como es sabido la imagen tiene un evidente poder didáctico por ello mismo ha sido siempre objeto de manipulación política y moral. Desde las primeras imágenes de América de principios del siglo XV, ésta apareció como la del mundo que debía contraponerse y supeditarse al orden, moral y poder de lo Europeo. América fue el lugar en el que pudieron ubicarse por fin fantasías, mitos y fantasmas de la Humanidad, el espejo en el que podía mirarse, por definición de lo contrario, la bondad del Viejo Continente. No era de extrañar, por tanto, que cualquier intento descriptivo del continente americano, fuera literario o visual, se ofreciera desde el prisma de lo europeo como medida comparada. Pero América era todo aquello y mucho más. Y todo ello tenía su palabra y su imagen. América, como ya sabíamos por el propio Miguel Rojas Mix, es centenaria en nombres. Su última obra nos desvela ahora que América puede ser milenaria en imágenes. La diversidad de imágenes que se han dado de América es reflejo, por una parte, de la diversidad de intereses que se han vertido sobre el continente a lo largo de la Historia y, por otra parte, de la propia diversidad de lo americano.